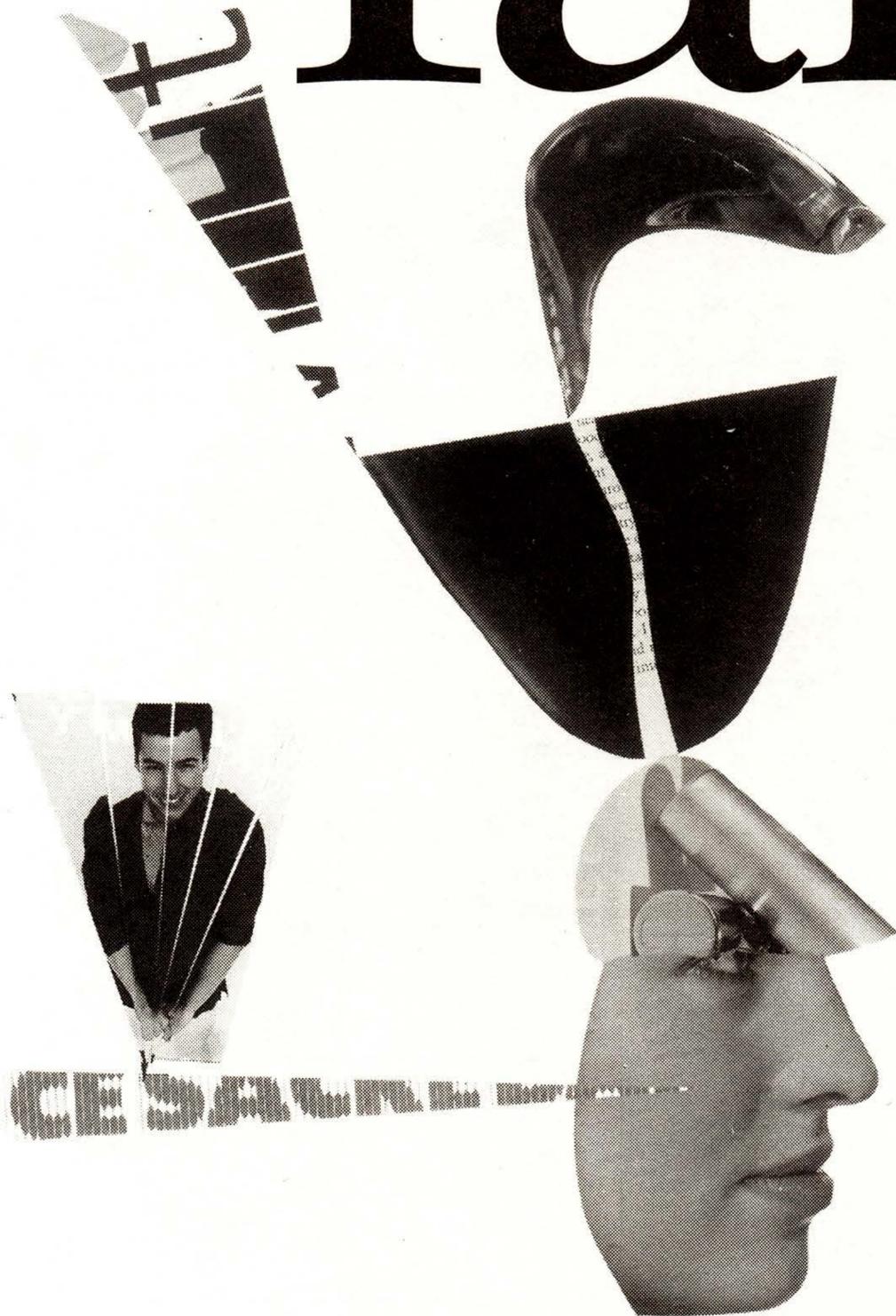


Cuerpo de  
cele  
fante,  
te,

---

Gabriel Restrepo\*

24



---

\* Profesor de la Universidad Nacional.

# cabeza de ratón

Notas sobre educación, sociología y sociedad

El propósito de este breve ensayo es suscitar ciertos interrogantes sobre educación, ciencia social y sociedad en Colombia. Mal pudiera ser una reseña de la sociología de la educación, tema sobre el cual existe ya una extensa bibliografía (Cataño, 1989; Díaz, 1993), pese a lo cual aquí se reconsideran ciertos momentos cruciales.

Diversos estudios, unos antiguos (Gómez B. y Lozada, 1984), otros recientes (Duarte, 1995), han demostrado con abundante material empírico la persistencia del clientelismo en la educación colombiana. Ello ha sido sobredeterminado (además de su causa política: régimen de democracia restringida), por la inestabilidad en la dirección del Ministerio: el promedio de duración de los ministros ha sido de cerca de 13

meses, mientras que supera los dos años en la cartera de Hacienda. A ello se ha sumado la insuficiencia y la deficiencia técnica del Ministerio, muchas veces descrita por economistas y sociólogos (Sarmiento, 1987). Todo ello valida el dicho, según el cual la educación es *un cuerpo de elefante con cabeza de ratón*. Al Ministerio le ha faltado, por lo menos hasta hace poco tiempo, visión e instrumentos estratégicos de gestión. Entre ellos, investigación.

En efecto: clientelismo, inestabilidad, insuficiencias y deficiencias en el liderazgo de la educación, han sido responsables de un hecho dramático: no ha habido continuidad institucional en una política de investigación educativa, política que debería ser estratégica en tres dimensiones: 1. investigación interdisciplinaria, básica y crítica; 2. investigación aplicada; 3. investigación y desarrollo, que relacione la investigación básica y aplicada, entre sí, y, además, con los usos políticos (planeación, toma de decisiones, evaluación, difusión y discusión pública) o pedagógicos (formación de docentes, currículo, textos y materiales de educación).

El Estado, tanto como las universidades, han sido responsables de este enorme vacío, que en el fondo devela un menosprecio por la educación. El primero nunca pudo configurar un alto instituto de investigaciones pedagógicas. La historia del Icolpe, como se ha señalado en otra parte, no pudo haber sido más efímera y azarosa (Mejía y Restrepo, 1997). El Servicio Nacional de Pruebas no realizó investigación hasta 1994. La investigación que se hacía en las oficinas gubernamentales de Planeación o del Ministerio, hasta hace unos pocos años, era aplicada y se restringía, por lo general, a un ordenamiento estadístico de las variables más relevantes, con un mínimo análisis.

El Centro de Investigaciones de la Universidad Pedagógica Nacional, CIUP —heredero del Icolpe—, que durante algún tiempo asumió el liderazgo de la investigación educativa —excéntrico a la misma universidad que lo alberga—, corrió el riesgo de ser suprimido hace pocos años por la Universidad Pedagógica, cuyas políticas de investigación han sido «erráticas y débiles» (Ochoa, 1997).



Por su parte, en la Universidad Nacional se eliminaron en 1977 las carreras de educación, sin que el supuesto sucedáneo a tal acto se hubiera establecido nunca: la creación de un departamento de pedagogía, que sirviera a la reflexión sobre problemas de educación o a la transformación de profesionales en docentes, mediante un suplemento pedagógico. Sólo hasta hace menos de cinco años surgió allí un programa universitario de investigación en educación y un grupo de estudios —la Red— sobre la enseñanza secundaria (Gómez, U. M., 1997).

Como resultado, la investigación en educación ha dependido o bien de investigadores o consultores adscritos a instituciones distintas al Estado (en particular, de entidades como el Instituto SER, Fedesarrollo, Cinep, Fundación Social, FES); o bien de especialistas en Colombia («colombianólogos»), asociados a agencias o a universidades extranjeras; o, en fin, a investigadores con sufi-

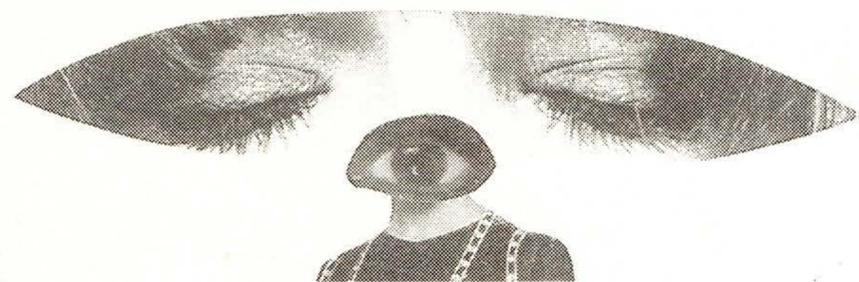
ciente vocación intelectual para afirmar su interés por la investigación, quienes han sabido hallar ciertos espacios académicos (principalmente en las universidades Pedagógica, Nacional, Antioquia, Valle y Javeriana), relacionados con cátedras de pregrado o de postgrado en sociología de la educación, o con la publicación de revistas, como ha sucedido, de modo ejemplar, con la *Revista Colombiana de Educación* (Universidad Pedagógica, desde 1978) y con *Educación y Pedagogía* (Universidad de Antioquia), re-

vistas que, junto a *Educación y Cultura* (Fecode), *Coyuntura Social* (Fedesarrollo e Instituto SER) y, ahora, *Educación y Ciudad*, han sido o son punto de referencia obligado sobre la educación formal (hay muchas más revistas y publicaciones sobre la educación popular).

La consecuencia de tal vacío ha sido extraída por Hernando Ochoa (1997) en una reciente evaluación de una muestra de 13 de los 39 proyectos de investigación en educación financiados por BID-Colciencias en la fase II (1989-1994):

*«La investigación educativa que en Colombia se ha realizado en muchas instituciones, ha sido muy dispersa, los centros más estables son los de las universidades y en temas especializados algunas ONG's. Esta característica ha hecho que las relaciones de comunicación de resultados entre quien produce conocimientos (el investigador) y quienes supuestamente son destinatarios o usuarios potenciales (otros investigadores, autoridades educativas, docentes y planificadores de la educación) sean notoriamente irregulares.*

*Ni el productor de conocimiento hace suyo el rol de emisor ni el usuario el de receptor. De cada lado se ignora cómo hacerlo. El uno enfatiza su riguroso modelo de producción y el otro vive el cotidiano de la educación con base en su modelo de interpretación de la realidad. Se exceptúan los otros investigadores que son pares y que se comportan como el grupo de los iniciados en el saber».*



Pese a todo, el aporte de los sociólogos a la investigación, al desarrollo de la educación, no ha sido nada desdeñable. Así se demuestra en dos de las mejores reseñas que se han escrito sobre el campo. En el balance escrito por Gonzalo Cataño en 1986, el autor menciona en su bibliografía anexa, 100 ensayos o libros, correspondientes a los cuatro temas que son objeto de su revisión: educación y sociedad rural; universidad y movimientos estudiantiles; educación y desarrollo; y educación y clase social (Cataño, 1989).

Desde otra vertiente, Mario Díaz en un excelente libro (1993) menciona 16 veces a la sociología de la educación, aunque lo hace desde una perspectiva crítica, pues a su modo de ver —no poco exagerado, según mi punto de vista— la sociología de la educación se habría constituido en Colombia como un saber cuasimonopólico que legitimaba el discurso oficial y se habría opuesto a una reflexión del hecho educativo desde el ámbito propio de la pedagogía.

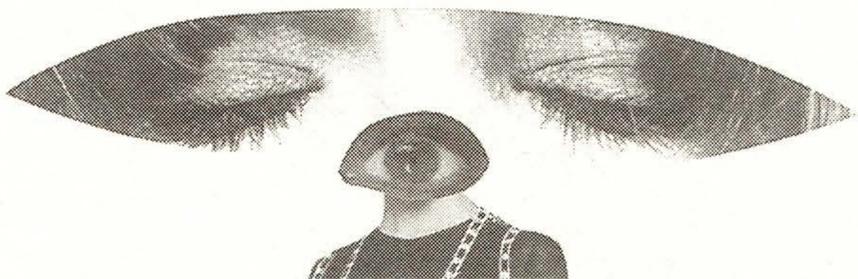
Que tal visión es incorrecta, lo muestra la evolución del sociólogo que más ha contribuido a despejar nuevas vías de análisis en la educación: Rodrigo Parra Sandoval, acaso el ejemplo de mayor persistencia en una investigación continua e imaginativa. Como caso excepcional, se cuenta aquí con la ventaja de una publicación temprana de sus escritos sobre educación, los cuales, pese a no estar ordenados cronológicamente, permiten una reconstrucción secuencial, muy iluminante, no sólo como pauta individual, sino como ejemplo de ritmos sociales (Parra, 1996).

Sus primeros escritos (años sesentas), es cierto, reflejan el optimismo propio de las teorías «desarrollistas» (recordar la «Alianza para el Progreso»), las cuales pensaban la sociedad en términos dicotómicos: tradicional-moderno; campo-ciudad; subdesarrollo-desarrollo. En una segunda etapa (setentas), tal optimismo había sido sustituido por cierto pesimismo propio de la duda marxista, a tono con la oleada de pensamiento sobre la fatalidad de la dependencia o el desarrollo desigual: el concepto de marginalidad aparece asociado a la educación y ya no son válidas las premisas sobre su papel como factor de movilidad y de progreso social.



Una transformación ocurrió en el pensamiento de Rodrigo Parra hacia finales de los setentas. El mismo la relata con vivas palabras en el prefacio: «Pero irónicamente fue esta investigación («Rendimiento escolar en Colombia») la que indujo una crisis virulenta en mi trabajo de sociólogo, que me llevó a cambiar el rumbo y a iniciar una vida errante de investigador independiente a finales de los años setenta» (Tomo I, xxiii).

Sus nuevos trabajos, desde entonces, hermanan de mejor modo su genuina vocación literaria (autor de cinco novelas publicadas) con el método etnográfico y el ensayo y, más aún, con la obsesión pedagógica, la cual, pese a todo —pues no poca razón asiste a Díaz cuando afirma cierto desdén de la primigenia sociología de la educación por el acto pedagógico, quizás heredada del aristocrático talante de la Escuela Normal—, forma parte de la tradición de la sociología nacional.



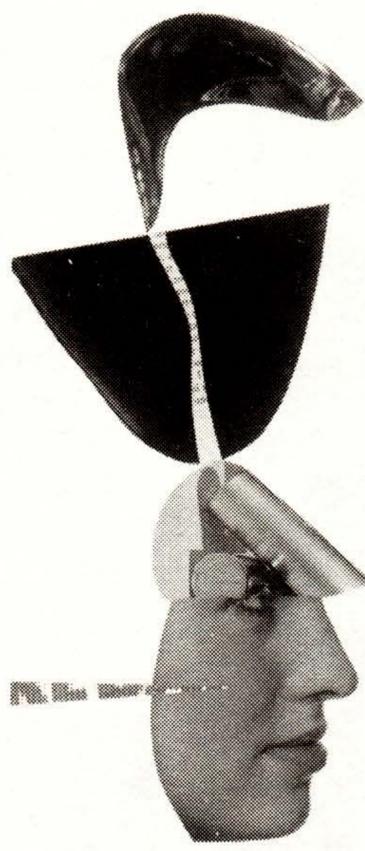
Pistas para una sociología de las ideas, aquellos fueron los mismos años que decidieron giros radicales en la obra de Alfredo Molano (quien también se había ocupado de la educación), de Gonzalo Cataño, de todos y cada uno de los integrantes del proyecto de historia de la pedagogía, y de muchísimos integrantes de la generación que se había avivado en mayo del 68. Más pistas: fueron los años previos al inicio del movimiento pedagógico; los años de la congregación de investigadores en la Investigación Acción Participativa; los años del lanzamiento de la Nueva Historia; los años de un nuevo despertar de sensibilidades sobre el sujeto, la ciencia, la pedagogía y la cultura. También para los economistas fue un fin de década especial, pues fue en 1979 cuando la Academia Sueca concedió el premio Nobel a dos de los pioneros de la teoría del capital humano: no hay que olvidar que la economía de la educación ha refinado sus análisis en los últimos años en Colombia, como se puede comprobar en un libro paradigmático (Vélez, 1996).

Pero, para permanecer en el ámbito de la sociología de la educación, el fin de la siguiente década (los ochentas) significó el inicio de la madurez anunciado por el giro de los setentas. Desde el punto de vista teórico y metodológico, la variación apunta a una mayor apertura interdisciplinaria (indispensable para acertar en la comprensión del acto pedagógico), a una mayor aceptación de enfoques (estudios macro, micro y meso) y de ámbitos relacionados con la educación (ciencia, técnica, cultura, comunicaciones, democracia, educación popular, género); y a una mayor libertad de métodos (cuantitativos y cualitativos; objetivos y etnográficos; históricos y contemporáneos), se ha realizado referentes al hecho educativo (Ciencia y tecnología; Ciencia, educación y desarrollo; Modernización de la universidad pública; Misión social), lo mismo que los cambios en la Constitución, en el marco legal de la educación, en la cultura y en la ciencia, en la sensibilidad frente a los problemas propios de la violencia y en la proyección de algunos doctorados en educación, han redundado en una mayor heterofonía, interlocución y afirmación de la importancia de la reflexión plural sobre la educación.

Con todo, sería iluso pensar que la madurez de muchos se haya traducido en madurez colectiva. En todo lo anterior todavía hay mucho de euforia, de efecto punta de lanza, propia de un clima de campañas que se deshacen a veces tan pronto como se hacen, cierto entusiasmo que, si no encuentra cauces estratégicos, puede derrumbarse muy pronto en el escepticismo o en la inacción.

¿Podría decirse que tenemos las instituciones adecuadas para una acción persistente a largo plazo? Es cierto que existe un plan decenal de la educación. Es cierto que hay progresos en la investigación. Es cierto que el Ministerio ha introducido reformas invaluable. Es cierto que se han registrado cambios municipales de trascendencia en algunas regiones del país.

Pero, en ciertos aspectos, el título de este ensayo se puede validar sin ninguna duda: *cuerpo de elefante, cabeza de ratón*. Por ejemplo, en el



fomento y uso de la investigación. La educación cumple a cabalidad con la metáfora: gigante y vital desde su base, gracias a la autonomía que se ha concedido a la escuela y al municipio, carece aún de un cerebro correspondiente a su cuerpo, de directrices estratégicas y de instrumentos de realimentación desde el centro, que siempre serán necesarios para un balance exitoso entre la iniciativa local y coordinación nacional. La inveterada y secular inoperancia del Ministerio no es asunto que pueda resolverse en un día o en un año. Ni la investigación, asunto que se improvise.

Quizás para resolver todo ello sería necesario declarar una «emergencia educativa», y, dentro de ella, una «emergencia de la investigación», figuras que no existen en la Constitución —y todavía no en la conciencia pública, menos en la política—, pero que acaso sea obligatorio instituir las de algún modo (como práctica, más que como norma legal). Sólo que ello excede el ámbito propio de la sociología de la educación o el espacio propio de los educadores.

Simple cuestión de democracia, maestro.

## REFERENCIAS

- Duarte, Jesús, 1995, «Estado, educación y clientelismo en Colombia», Tesis doctoral, Londres, mecanografiada.
- Gómez Buendía, Hernando y Losada Lora, Rodrigo, 1984, «Organización y conflicto: la educación primaria oficial en Colombia». Ottawa, CIID.
- Gómez, Víctor Manuel, 1997, «Estándares educativos internacionales (a propósito del TIMSS), nueva política curricular y calidad de la formación de docentes en Colombia», ensayo que será publicado en el primer número de la Revista del Ministerio de Educación, mecanografiado, cortesía del autor.
- Cataño, Gonzalo, 1989, «Sociología de la educación en Colombia: un balance», en: *Educación y estructura social*, Bogotá, Asociación Colombiana de Sociología y Plaza y Janés.
- Díaz V., Mario, 1993, *El campo intelectual de la educación en Colombia*, Cali, Universidad del Valle.
- Mejía, Marco Raúl y Restrepo, Gabriel, 1997, «Formación y educación para la democracia en Colombia», en: *Apuntes para un estado del arte*, Bogotá, Unesco e Instituto para el Desarrollo de la Democracia Luis Carlos Galán, Editorial Presencia, 277 pp.
- Ochoa, Hernando, 1997, «Evaluación de los proyectos educativos de la fase BID-Colciencias II», Bogotá, mecanografiado, cortesía del autor.
- Restrepo, Gabriel, 1981, «El Departamento de Sociología de la Universidad Nacional y la tradición sociológica colombiana», Cataño, Gonzalo (coordinador, 1981), en: *Memorias del Congreso de Sociología*, Bogotá, Editorial Guadalupe, 1981, pp. 21 a 50.
- Sarmiento, Alfredo, 1987, «Análisis del sector educativo con énfasis en sus aspectos administrativos y financieros», Bogotá, Ministerio de Educación Nacional.
- Vélez, Carlos Eduardo, 1996, *Gasto social y desigualdad: logros y extravíos*, Santafé de Bogotá, Departamento Nacional de Planeación y Misión Social.